

que el sacrificio de Jesucristo haya aprovechado á todos los que han vivido ántes de su venida, y llega hasta á decir que nadie lo ha negado nunca, lo cual es un error evidente y hasta una herejía á los ojos de los discípulos de San Agustín; por la misma razon, dice, puede creerse que la muerte de Cristo salva á los que, habiendo nacido despues de su venida, no han oido hablar nunca de la revelacion cristiana (1). ¿Cómo puede salvar el sacrificio de Jesus á los que le ignoren? Este es un nuevo misterio que los teólogos han imaginado, misterio tan absurdo como aquel que debe explicar ó justificar; teniendo los católicos legiones de angeles á su disposicion, ¿por qué no las emplean? Esta sería más fácil tarea; saldrían del paso enviando un ángel á instruir á cualquiera que, estando en ignorancia invencible, hubiera vivido moralmente bien. ¡Oh qué bella invencion es la del ángel! Pero el ángel no les basta; tenemos aún al Espíritu Santo. En todo caso el mismo Dios debe intervenir, directa ó indirectamente, á fin de salvar á los que estuviesen condenados por haber ignorado su revelacion. ¡Oh qué bella cosa es la revelacion! Ella no alcanza á salvar ni á aquellos á quienes ha revelado la ley de salvacion; es preciso que Dios se mezcle en ello. ¿Por qué no se pasa sin revelacion, y así simplificaría mucho la tarea?

Ángel ó Espíritu Santo, sacrificio de Jesucristo, ó lo que se quiera imaginar para salvar á todos los que están fuera de la religion revelada, la consecuencia de todas esas caritativas invenciones es la misma: que la revelacion cambia de naturaleza; no ya la revelacion implacable de San Agustín que condena á Sócrates y á Marco Aurelio, ni la revelacion que es la única condicion de salvacion, sino una revelacion más humana, que permite salvar á los gentiles, á los Judíos, á los mahometanos y á los budhistas; pero entónces, ¿para qué sirve la revelacion? Segun la doctrina agustiniana, es de una necesidad indispensable: el hombre, desde la caída, está bajo la ley de muerte, y necesita un Salvador, un Reparador; pero si, aún estando bajo el golpe del terrible pecado original, puede salvarse, aún cuando no haya oido hablar de Cristo, ¿de qué sirve Cristo y su encarnacion milagrosa? ¿Para qué es buena su muerte y su resur-

(1) CLARKE, *the Evidences of natural and revealed religion*, página 270.

reccion? La revelacion no tiene ya razon de ser.

En el siglo XVIII hubo apologistas que estimaron prudente batirse en retirada. *Leland*, el principal adversario de los deistas ingleses, confiesa que la revelacion no es condicion necesaria de la salvacion; esta era la opinion de *Clarke*. Si la revelacion no es necesaria, dicen ellos, es, sin embargo, útil; ¿útil para qué? Para dar más claridad á la ley natural, dice *Clarke*, y más certidumbre; de suerte que, en definitiva, la religion revelada no es otra cosa que la religion natural. Un adversario de *Rousseau*, pastor reformado, lo dice con todas sus letras; *Rousseau* no comprendía por qué era necesaria otra religion que la natural; es preciso otra, responde el pastor: "La revelacion no es más que una exposicion del teísmo, pero mucho más clara y más detallada," (1). Evidentemente esta no es ya la antigua revelacion, que tenia por objeto esencial el suplir la insuficiencia de la religion natural, revelando verdades que la razon no hubiera podido descubrir, porque están por encima de ella; estos misterios desaparecían con la revelacion nueva, no quedando más que las verdades que la razon ha descubierto con sus solas fuerzas; ¿para qué sirve la revelacion, reducida á eso? Dícese que porque aún es útil; nosotros respondemos, y los ortodoxos serán ciertamente de nuestra opinion, que si la revelacion es únicamente útil, viene á ser inútil.

¿En qué consiste, en efecto, la ventaja de la revelacion si sólo se la considera bajo el aspecto de la utilidad? Porque da más claridad, se dice, y más certidumbre á la ley natural; al hablarse de claridad hay que prescindir de la Trinidad y de todos los misterios; pues entónces ¿qué queda? Limitarse á la inmortalidad del alma y al culto que es debido á Dios. "Si Platon y Ciceron, se dice, permanecieron entre tinieblas, á pesar de su genio, ¿quién nos asegura que nuestros filósofos hubieran sabido más sin la revelacion? ¡Ingratos! exclama *Leland*, que atacan la revelacion debiéndola todas sus luces," (2); ya hemos respondido de antemano al apologista inglés; la creencia de una vida futura no nos viene de las religiones reveladas: los Gentiles la tenían y tambien nuestros antepasados, los Celtas y los Germanos; mezclaban á ella erro-

(1) *Exámen crítico de la parte segunda del vicario saboyano* por A. J. R., pastor en Londres, 1776, p. 2.

(2) *LELAND, a Defence of christianity*, t. I, p. 97.

res, concedido; pero ¿acaso enseña el cristianismo la verdad? ¿Nos da la vision beatífica idea clara del paraíso? ¿Han aumentado las torturas eternas del infierno nuestra certidumbre sobre la justicia de Dios? La teología cristiana ha sustituido con fábulas nuevas las fábulas del paganismo: no tiene por qué alabarse. En cuanto á la moral propiamente dicha, ¿en qué consiste esa claridad tan grande? ¿Dónde la certidumbre que el Evangelio da á nuestros deberes? ¿Acaso en falsearlos por un espiritualismo excesivo, desconociendo el matrimonio, desatando los lazos de familia ó exagerando la caridad? Que se comparen las preocupaciones, las supersticiones groseras de los Padres de la Iglesia y de los grandes doctores de la Edad Media con las ideas y los sentimientos de los filósofos modernos, y se decida si es la revelacion cristiana la que ha iluminado á la filosofía; y ¿á qué deben su superioridad? Á un elemento de nuestra propia naturaleza que no tienen en cuenta los defensores del cristianismo, á la perfectibilidad de nuestras ideas y de nuestros sentimientos.

Los libres pensadores deducen que la revelacion es inútil, y desde ese momento es cierto que no la hay: solamente por una falsa idea del destino humano es por lo que se ha creído en la necesidad y utilidad de una intervencion milagrosa de Dios para guiar á los hombres en el camino de la salvacion. La salvacion en la doctrina cristiana es una cosa misteriosa, la redencion del pecado original. Para libertar al hombre de las consecuencias de un pecado imaginario, se persuadieron de que habia necesidad de una accion directa, igualmente imaginaria, de la divinidad. Si el pecado original es un mito, no hace falta un Redentor, ni una gracia sobrenatural que salve á unos y deje á los demas bajo el peso de una condenacion tan cruel como inconcebible; repudiando ese terrible dogma, cambia completamente el destino del hombre; su salvacion consiste en un hecho natural, en el desenvolvimiento armónico de nuestras facultades, y cuando se trata de un hecho natural no es necesaria una revelacion sobrenatural de Dios. El hombre desenvuelve sus facultades por medio de las solas fuerzas de su naturaleza; para el desarrollo físico nadie lo ha negado nunca, y para el intelectual es de toda evidencia: todavía no se ha disputado el alto grado de cultura que alcanzaron los antiguos, sin necesidad de una revelacion mila-

grosa. ¿De quién hemos recibido nuestra civilizacion? ¿Del pueblo de Dios ó de los Griegos y de los Romanos?

Preténdese que no sucede así con la cultura moral; aún para ésta es suficiente la naturaleza, tan pronto como se abandona la idea de una salvacion sobrenatural. Se ha tratado de representar las virtudes de los paganos como pecados ostentosos. ¡Dios nos dé esos pecados en lugar de esas virtudes ficticias del cristianismo revelado! Un ilustre filósofo que se decía cristiano, pero que vivía como libre pensador, *Leibnitz*, confundió el estrecho celo que desconocía la grandeza de los Sócrates y de los Marco Aurelio: "Está fuera de duda, dice, que aunque no hubiera revelacion, la recta razon bastaría para enseñarnos las virtudes interiores, la piedad y probidad del alma," (1). Hé aquí la santificacion en su más alta expresion; ¿qué más se necesita para la salvacion del hombre? La filosofía responde que la salvacion consiste precisamente en perfeccionar nuestra inteligencia y en practicar la virtud, y la doctrina de los filósofos ha llegado á ser una conviccion general. No hay ya más que los defensores interesados del cristianismo tradicional que persistan en enseñar que no bastan las virtudes morales, que es menester la gracia, y que la gracia no se tiene más que en el seno de la Iglesia; pero predicán en desierto y muy pronto no les escucharán ni los niños; les aconsejamos que vistan luto por la salvacion milagrosa, así como por los caminos milagrosos enseñados por la revelacion para alcanzarla; y si se obstinan en predicar una doctrina que repugna á la conciencia, perderán al cristianismo juntamente con la Iglesia.

§ II.—La revelacion progresiva.

"N.º 1. — ¿Es posible la religion fuera de la revelacion milagrosa?"

I.

La creencia en lo sobrenatural desaparece: tal es el hecho más considerable que se va produciendo en el seno de la humanidad moderna. Ya no se cree en una caída misteriosa, ni en una reparacion

(1) *LEIBNITZ, Epist. ed. Kortholt*, t. III, p. 247.

milagrosa, ni en una salvación que se gane por medios extranaturales, ni en verdades que contraríen ó excedan de la razón natural; ¿quiere decir esto que con esa trabazón de la revelación deba hundirse hasta la religión? Esta era la esperanza de los filósofos del siglo XVIII, entre los cuales los más moderados hacían ánimo de destruir el cristianismo; si les fuera dable resucitar, ¡qué grande sería su sorpresa al ver á la humanidad comprometida en una reacción religiosa, que tiende á restaurar las antiguas supersticiones, que tanta razón tenía Voltaire en tratar de infames! Á decir verdad, la reacción es más debida á la indestructible necesidad que el hombre siente de creer que al poder del cristianismo tradicional; no hay razón para confundir el movimiento religioso, que es incontestable, con el renacimiento del catolicismo; si hay enbaucadores que fabriquen milagros y bobos que crean en ellos, también hay libres pensadores que no quieren volver á los altares desiertos por sus padres y creyentes que sin ser filósofos siguen la misma corriente estando fuera de la Iglesia, y si permanecen en ella es por debilidad; hay, en fin, las sectas más avanzadas del cristianismo reformado, que están de acuerdo con la filosofía en descartar la revelación sobrenatural. ¿Cuál es el fin hácia el cual tienden esas opiniones más ó menos heterodoxas? Los unos pretenden permanecer cristianos; los otros dicen que para hombres que no tienen ya ni las ideas ni los sentimientos de los primeros cristianos hace falta una religión nueva; en realidad, la disidencia no está más que en cuestión de palabras; poco importa que se llame cristianismo ó religión nueva á la transformación que se hace en las creencias; lo evidente es que el cristianismo de los protestantes racionalistas no es ya el antiguo cristianismo, lo cual arranca gritos de cólera á los ortodoxos de todos los matices. Este cristianismo no tiene de cristiano más que el nombre, y se confunde con el movimiento que procede de la filosofía, ó, por mejor decir, del trabajo insensible, pero incesante y progresivo, de la conciencia humana.

Los defensores del cristianismo ortodoxo se compadecen de este movimiento, que vendrá á parar, según ellos, en la incredulidad y en el ateísmo, ó volverá á la única religión posible, al cristianismo revelado; según ellos, la revelación milagrosa es de esencia en la religión, y lo que

nosotros llamamos religión natural es á sus ojos pura ficción. El origen del debate se remonta al siglo XVIII, y es preciso que nos detengamos en él, y nos conducirá á una conclusión enteramente distinta de la de los ortodoxos. La incredulidad y el materialismo son los excesos del movimiento anticristiano; para comprenderle y apreciarle, es preciso penetrar á través de las apariencias, y allí encontraremos una idea que nos consuele de todos esos desprecios, la de una religión progresiva; la revelación natural por el intermediario de la humanidad ocupa el lugar de la antigua revelación por medio de los profetas y de los milagros.

¿Por qué dicen los partidarios del pasado que la religión es necesariamente revelada y que la revelación no puede proceder más que de Dios? Porque, según ellos, es de esencia en la fe tener certidumbre completa de las verdades religiosas, cuya fe no consiste en otra cosa, dicen, que en esta certidumbre; ahora bien, las creencias no son ciertas sino en cuanto emanan de Dios, porque sólo él es la verdad; pero si se admite que los dogmas son de origen humano, se podrá declararles perfectibles tanto como se quiera, y llegarán á ser discutibles, como todo lo que procede de una razón imperfecta; por tanto, serán inciertos por su esencia; tal es el sistema de los ortodoxos; supone desde luego que la religión revelada tiene la certidumbre que se le disputa á la no revelada, y supone, además, que la religión revelada es la expresión de la verdad absoluta, inmutable. Examinemos; no nos será difícil probar que esas suposiciones son ilusiones de la fe, cuando no el resultado de un cálculo interesado.

II.

La revelación, se dice, da la certidumbre de la verdad necesaria para la salvación. Si preguntamos á los ortodoxos cómo y por qué medio adquiere el creyente esta certidumbre, no tendremos más respuesta que duda, disputa é incertidumbre. Hay ortodoxos y ortodoxos; los católicos pretenden que ellos son los que tienen la verdadera fe, la que salva; los protestantes disputan y sostienen que son ellos los que profesan el verdadero cristianismo; hé aquí ya la certidumbre singularmente comprometida; tenemos, en realidad, dos revelaciones, lo cual es decir que, bajo el punto de vista

de la certidumbre, no tenemos ninguna; luego la revelación es la que viene á ser una ficción: bajo este punto de vista, la religión natural vale tanto como la revelación; digamos más, porque tiene la única certidumbre que puede tener una doctrina, la que resulta de la razón. La revelación no puede darnos una seguridad de la verdad de sus dogmas, porque no se dirige ni á la razón, ni al alma, ni á la conciencia del hombre, sino á la fe ciega.

Los creyentes responden: "¿Qué importa, con tal que esa fe ciega nos dé la certidumbre que la razón es impotente para procurarnos? ¿Y qué importa tampoco la disidencia entre católicos y protestantes? Unos y otros tienen la certidumbre de la verdad, y solamente se trata de la certidumbre." Necesitamos, pues, examinar las cosas de más cerca: los católicos dicen que la certidumbre de los reformados es una broma de mal género, y no les falta razón; descansa en la Sagrada Escritura, y se supone que es de una evidencia tal que todo espíritu sensato está obligado á reconocer. Ahora bien, si alguna vez puede una suposición contrapesar una verdad es esta. Un obispo anglicano, hombre tan sabio como piadoso, nos dirá lo que debe pensarse de la claridad de los libros santos. "Hay, dice Taylor, una infinidad de pasajes en la Escritura que contienen grandes misterios; pero envueltos en nubes tan densas, oscurecidos de sombras tan impenetrables, enriquecidos con tantas alegorías y tan ocultas por la manera con que el objeto está á veces disfrazado, que parece que Dios ha tenido el designio de darnoslas para ejercitar nuestro espíritu, convencernos de nuestra incapacidad, hacernos soportar caritativamente los unos á los otros sobre el hecho de la religión y humillarnos á nosotros mismos más bien que para encontrar en ellos los principios de nuestra creencia y los artículos de nuestra fe," (1). Si el doctor anglicano se hubiera propuesto hacer la sátira de la certidumbre protestante, no lo hubiera hecho mejor; ¡qué admirable certidumbre la que está envuelta en nubes espesas y oscurecida por impenetrables sombras! Si los misterios han sido revelados al hombre para ejercer su razón é inspirarle la humildad, la caridad y la intolerancia, podía Dios haberse ahorrado el trabajo de invertir las leyes de la naturaleza; basta y sobra el estudio al hombre

para probarle que es una criatura imperfecta, falible, y que, por tanto, la primera ley de sus relaciones con sus semejantes debe ser la indulgencia; bajo este título, la religión natural vale tanto como la revelada, y aún más, porque es infinitamente más clara y más cierta y no crea misterios por el placer de ocultar y disfrazar la verdad.

Escuchemos todavía á nuestro doctor anglicano, que importa mucho consignar sus preciosas confesiones: "Encuétrase, dice Taylor, en muchos pasajes de la Escritura un doble sentido, que tan pronto es literal como espiritual, y que es preciso subdividir aún, porque el sentido literal es, ó natural ó figurado, y el espiritual es unas veces alegórico, otras analógico y otras veces en una sola y única frase comprende muchos sentidos literales," (1). ¿Cómo se ha de llegar á crear una certidumbre con este doble y ese cuádruple sentido? ¿No es mofarse del mundo hablarle de una verdad cierta, cuando una misma frase es susceptible de media docena de interpretaciones diversas? Nuestro piadoso prelado va á decirnos en qué consiste la certidumbre de la fe revelada: "La Escritura representa el pensamiento de diferentes personas y hasta el de una sola, cosas enteramente distintas y algunas veces contrarias y frecuentemente llenas de variedad, lo cual es tan frecuente en la Escritura que, si no se tratase de una cosa tan seria y tan sagrada, sería divertido ver para cuántos designios diferentes se puede hacer servir un mismo pasaje," (2). Para los libres pensadores, verdad es que puede servir de recreo; se les dice que la ley natural no es más que una ficción, porque carece de certidumbre, y se opone á la diversidad de sus sistemas la inmutabilidad de la revelación, y resulta luego que esta revelación tan cierta varía de un individuo á otro; ¿qué digo? varía en una misma persona, de suerte que tenemos tantas religiones como hombres, y que un mismo hombre tiene creencias diversas, según que impresiona más ó menos su espíritu tal ó tal sentido de la palabra de Dios. ¡Oh admirable certidumbre!

Eso no impide, dicen los reformados, que haya una fe cristiana, mientras que la religión natural no existe más que en los libros en que es tratada. Para saber lo que es hace falta examinar cómo se forma y se trasmite la fe protestante; es evidente

(1) TAYLOR, *Obras polémicas*, p. 905 y siguientes.

(2) TAYLOR, *Obras polémicas*, p. 967.

(2) TAYLOR, *Obras polémicas*, p. 970.

que no descansa en la Escritura. ¿Quién persuadirá al luterano de que las palabras de Cristo en la institucion de la cena no deben entenderse en el sentido que las da la confesion de *Augsburgo*? ¿Quién convencerá á los calvinistas de que el sentido luterano es el verdadero? ¿Quién enseñará á los armenios, á los socinianos y á los quákeros que todas esas interpretaciones son verdaderas y que la suya es falsa? No ciertamente la Escritura, puesto que las palabras son las mismas para todos los que las leen: ¿acaso tiene cada secta una revelacion que la explica el sentido de la revelacion general? Las cosas pasan de una manera más natural; cada secta tiene su confesion y cada creyente aprende esta confesion á una edad en que no le es posible comprender lo que se le enseña; el azar del nacimiento y el catecismo de *Heidelberg* son los que hacen que un cristiano sea luterano reformado ó anabaptista. Suponed que en lugar del catecismo de *Heidelberg* se enseña á los niños el de los unitarios, ó todavía mejor, el de los deistas, y tendréis la misma certidumbre; luego no es la revelacion la que la produce, sino la tradicion que la trasmite de generacion en generacion por la vía de la enseñanza. La religion natural puede tener esta certidumbre tan bien como la revelada, y en el hecho la tiene; porque ¿qué es la confesion de los unitarios sino la religion natural?

Dicen los católicos que tanto la certidumbre de los reformados como la de los filósofos es irrisoria. En efecto, ¿no supone la unidad la certidumbre de la fe? ¿Cómo puede existir unidad allí donde la fe varia de un individuo á otro? Mil certidumbres que se contradicen producen inevitablemente la incertidumbre, la duda, el escepticismo, la incredulidad. Sabido es cómo mantienen los católicos la unidad de la fe juntamente con su certidumbre. El órgano infalible de la fe es la Iglesia, instituida por el mismo Dios; esto sería excelente si una revelacion divina nos diese la seguridad de la mision de la Iglesia y de su infalibilidad. Los libres pensadores del último siglo piden que se les pruebe la autoridad de la Iglesia: nada más fácil, responde *Bergier*; basta establecer que nuestros pastores descenden de los apóstoles, los cuales han trasmitido á sus sucesores la mision que tenían de Cristo. (1). Efectivamente, nada más fácil para el que

(1) BERGIER, *el Deismo refutado*, p. 121-129.]

crea de antemano en aquello que es preciso probar; pero se trata de convencer á los incrédulos, y eso no es tan fácil; la demostracion de *Bergier* supone desde luego que los apóstoles han recibido una mision del Hijo de Dios, y hé aquí que tenemos otra vez sobre el tapete la revelacion. Ahora bien, pronto hará dos mil años que los libres pensadores retan á los apologistas á que les prueben la divinidad de Jesucristo y la de la Iglesia, y cada vez están ménos convencidos de aquello de que se les quiere convencer. La autoridad de la Iglesia se funda en la autoridad de la Escritura; y ¿en qué descansa la autoridad de la Escritura? En el testimonio de la Iglesia, círculo vicioso si lo hay. De hecho, para los creyentes es más fácil la tarea: aprenden á creer ántes de saber pensar, y se les inculca una fe tan robusta y tan ciega, que tienen que renunciar por toda la vida al uso de la razon; ¿quién produce esta fe inquebrantable? El catecismo y el cura.

No dirémos que la religion natural engendre una certidumbre tan inquebrantable. ¡Dios nos guarde de una fe que mata la razon ó que la vicia! Aunque la tuviéramos, la rechazaríamos como un dón funesto; los católicos no ven á qué abismo empujan á la sociedad; si decididamente ha de ser la fe absoluta, es preciso acallar á la razon, y para imponerla silencio es preciso encadenarla; y como la razon no se dejará encadenar, el día en que se pruebe que la libertad es incompatible con la fe, la humanidad rechazará la fe; y como, segun los católicos, no hay fe posible fuera de su Iglesia, se llegará fatalmente á esta consecuencia: que la religion es una supersticion que se va con el progreso de la razon. Si eso es defender la causa de la religion, desearíamos saber cómo se la pierde.

III.

Apresurémonos á añadir que la doctrina cristiana sobre la certidumbre de la fe no tiene fundamento sólido. Se quiere que la fe sea absoluta sin sombra de duda, lo cual supone la posesion de la verdad absoluta, depositada en la Iglesia ó en los fieles, esto importa poco; ahora bien, la verdad absoluta es una ficcion, y no la poseen ni la Iglesia ni los cristianos reformados. Supongamos un instante que le sea dable al hombre, sér imperfecto, poseer la verdad absoluta; es evidente que no podría conocerla sino por una revelacion milagrosa

de Dios; supongamos, además, que existe esa revelacion; haría falta, además, un órgano de la verdad revelada; supongamos que es la Iglesia; restaría saber lo que es la Iglesia; sobre este punto hay una incertidumbre completa, ya lo hemos probado: dicen unos que la Iglesia es la reunion de los fieles, y otros que la componen los concilios; en fin, los más ortodoxos entre los ortodoxos quieren que sea el papa; pero ni estos mismos se entienden sobre las condiciones requeridas para que el papa sea infalible (1); ¡adelantamos bastante con todas nuestras suposiciones! Aún concediéndolo todo á los defensores de la revelacion, vamos á parar á la incertidumbre más absoluta; porque ¿qué es una certidumbre que tiene por órgano un sér impalpable? Una certidumbre basada en una incertidumbre es el mayor de los absurdos.

Dejemos aquí esta serie de suposiciones, á cual más quiméricas, y consultemos los hechos. Apénas existe el cristianismo cuando ya se modifica. ¿Cuál era la religion de los apóstoles que habían vivido con Cristo? Seguian el mosaismo en todo su rigor, no teniendo de cristianos ni aun el nombre; llega San Pablo, y surge una violenta division entre los discípulos de Cristo y el recién venido, que declara tiene su Evangelio propio y que no le ha recibido de los hombres; y en efecto, las diferencias que le separan de los doce son radicales: se trata de saber si habría un cristianismo, ó si los discípulos de Cristo no formarían más que una secta judía. ¿Cuál es la esencia del cristianismo de San Pablo? La fe; pues si se compara con la de Santiago, que predica las obras, se dirá que eran dos religiones diferentes. Hay un hecho más notable aún: segun los apologistas modernos, todo se ha perdido, y desaparece la religion si no viene de Dios; quita la divinidad á Cristo, y ya no hay cristianismo; sin embargo, los primeros discípulos de Jesus no creían que su maestro fuese Hijo de Dios; y si les hubiera hablado de Trinidad, no la hubieran comprendido; ¿qué significa esto? ¡Que la fe de los apóstoles no era la de los ortodoxos modernos! Recórranse todos los dogmas, y no se encontrará uno solo establecido en tiempo de los apóstoles; segun los apologistas, sería preciso decir que los apóstoles no eran cristianos y que no

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

han debido su salvacion sino á una gracia milagrosa de Dios. ¡Oh maravillosa unidad! ¡Oh admirable certidumbre!

Para salvar la inmutabilidad de la fe revelada, se ven obligados los defensores del cristianismo á recurrir á una ficcion. ¡Siempre ficciones allí donde buscamos la certidumbre! Dicese que los dogmas cristianos han sido siempre los mismos, que eran en tiempo de Jesus lo que son hoy, sólo que se han desenvuelto sucesivamente y han tomado más precision y evidencia. Ya volverémos sobre esta teoria, que no ha sido inventada más que por la necesidad de la causa, y por de pronto preguntarémos: ¿dónde está la certidumbre en medio de ese pretendido desenvolvimiento? La fe es tan poco cierta, que hoy hay dogmas que ántes se negaban: por ejemplo, es preciso creer hoy, bajo pena de condenacion, en la Inmaculada Concepcion de la Virgen; ¿ha sido siempre cierta esta creencia? Parece esta una pregunta risible, cuando se sabe que Santo Tomas negaba ese pretendido dogma, y no era solo; ¿se salvó sin creer en la Inmaculada Concepcion? Entónces, ¿á qué queda reducida la certidumbre de la fe? ¿No se ha salvado? Entónces, ¿qué viene á ser su beatificacion? Sin duda, Dios habrá enviado el ángel Gabriel á Santo Tomas, para revelarle á la hora de la muerte un dogma promulgado cinco siglos más tarde. ¡Qué pobreza de recursos para salvar la verdad revelada, la verdad absoluta, inmutable, cierta!

Se pretende que la religion no puede establecerse por medios humanos; podríamos responder, citando el mahometanismo, el buddhismo y hasta el mosaismo, segun los Judios modernos; lo que es verdad en todas las religiones conocidas, ¿por qué no lo ha de ser en el cristianismo? Para los que estudian la historia, la cuestion no es la misma: no hay un dogma de que no pueda determinarse el origen y la formacion sucesiva. Segun los cristianos, el Espíritu Santo es quien ha inspirado á los concilios; no, responde la historia, han sido inspirados, tan pronto por la filosofía como por la supersticion y la ignorancia, y otras veces por las intrigas de la corte, la voluntad de los emperadores ó el capricho de sus eunucos; hé aquí vías humanas si las hay. En vano discuten los defensores del cristianismo; los hechos aquí son incontestables; todo lo que se les puede conceder es que los fieles hayan tomado esas vías humanas por vías

sobrenaturales, lo que, según dicen, implica siempre que la religión se estableció por la creencia de una revelación milagrosa. Verdad es que así se formó el cristianismo; pero también lo es que esta creencia era fruto del error y á veces del fraude, porque fraude se ha empleado para propagar los dogmas. Decir, como hacen los defensores del cristianismo tradicional, que no hay religión posible fuera de la revelación, es decir simplemente que la religión está fundada en la superstición ignorante y crédula: ¡vaya un bello descubrimiento! Ese es el lenguaje que usaban en el siglo XVIII los enemigos más encarnizados del cristianismo (1).

Todavía se puede sacar otra conclusión de los hechos que acabamos de referir. No, jamás ha tenido la fe la certidumbre absoluta que los apologistas reivindican; y si no la ha tenido, es porque es imposible: ¿pueden los hombres poseer la verdad absoluta? Un libre pensador del siglo XVIII responde que sería preciso enviar á los manicomios á aquellos que se fijan en tan loca pretensión. *Lamennais* está de acuerdo con Bolingbroke; escuchemos al fogoso ultramontano convertido á la filosofía. "La verdad crece y se extiende sin cesar por sí misma, porque es infinita; sale como un torrente divino de su eterno principio, rocía y fecunda el universo hasta sus más recónditas profundidades, llevando sobre sus celestes ondas las inteligencias que se alimentan de ella, y en su invariable corriente, que nada detiene ni entorpece, les eleva poco á poco hácia la fuente de donde ha salido; y puesto que es infinita, nadie, cualquiera que sea, y en cualquier tiempo que le haya sido dado el ser, podría alabarse de poseerla completamente. Entre ella y él, ¿qué proporción hay? ¿Qué medida común? La de una concha imperceptible que, desde la costa, dijera: ¡Yo contengo en mí el Océano! Ningún estado hay, pues, más irracional que el de quedar inmóvil en las mismas ideas que forman en cierto modo el cauce por que corre perpetuamente la verdad progresiva; porque ese estado implica, ó la persuasión de saberlo todo, de haberlo visto y concebido todo, ó el propósito de no ver más, ni concebir mejor; y cuando se pretende hacer además de esa idea, á la cual se han colgado al pasar como á un punto de roca pendiente sobre la corriente, la última estación de la humanidad, no hay len-

gua que nos dé palabra propia para calificar semejante exceso de extravagancia," (1).

N.º 2.—*La revelación es progresiva por su esencia.*

Si se considera al hombre en su imperfección, es imposible que conciba ni que posea la verdad absoluta; los defensores de la revelación milagrosa tienden á exagerar la debilidad de nuestras facultades, pero es para justificar la necesidad de una intervención extraordinaria de Dios; nos falta, pues, ver si lo que no es posible, humanamente hablando, lo viene á ser cuando es Dios el que revela la verdad. Sería preciso un primer milagro, y el más incomprensible de todos, para que el hombre pudiese concebir la verdad absoluta; sería preciso que Dios comenzase por cambiar la naturaleza humana, á fin de volverla capaz de recibir las comunicaciones sobrenaturales que la quisiera hacer; es decir, que se necesitara que los hombres dejasen de ser hombres, seres imperfectos, para participar de la naturaleza divina, convirtiéndose en seres perfectos: ¿quién no ve que esa es una quimera? No tenemos necesidad de abrir la Sagrada Escritura para convencernos de que aquellos mismos que Dios escogió como órganos de su palabra permanecieron criaturas imperfectas y falibles, sin diferir en nada de los demás hombres y participando sus errores, sus preocupaciones y sus supersticiones: ¿quién nos dice en qué consiste la perfección de los apóstoles? Todo lo que la Escritura dice de sus facultades extraordinarias es que poseían el don de las lenguas y que sacaban los demonios de los cuerpos; el primero de esos dones no se nos atestigua por ningún testimonio histórico; el segundo prueba hasta la evidencia que estaban imbuidos de las preocupaciones del vulgo; la revelación les deja, pues, en el estado en que estaban antes de la venida de Cristo. Pablo, seguidor de los cristianos, y Pablo, apóstol, es el mismo hombre, salvo que antes de su conversión no creía en Cristo ni en su resurrección, mientras que después de haberse convertido milagrosamente creía. Todo se ha realizado en el dominio de la fe, la inteligencia ha quedado lo mismo; luego no se comprende cómo Pablo, convertido en cristiano,

(1) LAMENNAIS, *del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política* (Obras, t. VII, p. 4, ed. Pagnerre).

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. II, p. 247.

había de tener la facultad de comprender la verdad absoluta, que no tenía siendo judío.

No basta este primer milagro para explicar la revelación de la verdad absoluta. San Pablo y los doce recibieron la misión de predicar la *buena nueva* á las naciones. Á creerse al apóstol de los Gentes, el Evangelio dió ya la vuelta al mundo en su tiempo. Si la palabra de Dios es la verdad absoluta, es preciso decir que Dios, por un milagro incesante, cambió la naturaleza de los hombres á quienes se dirigían los discípulos de Cristo; ¡por de pronto la suposición es ridícula! La *buena nueva* no fué admitida, según testimonio de los mismos escritores cristianos, más que por los pobres de espíritu, los ignorantes. Hé aquí á las mujeres y los esclavos, hez de la sociedad, transformados hasta tal punto, que llegan á ser capaces de concebir lo que no hubieran podido comprender los Platonés ni los Aristóteles; pero hay más: esa transubstanciación, que hace participar de la perfección divina á las más imperfectas de sus criaturas, debe reproducirse á cada instante hasta la consumación de los siglos. ¿Cuándo comienza la iniciación del cristiano? Á una edad en que no se tiene todavía conciencia de sí mismo; se enseña la verdad absoluta antes que la razón despierte, casi como se le podría enseñar á un papagayo; ¡es decir, que lo que Platon y Aristóteles no hubieran podido concebir, lo comprenden niños de cinco á diez años! Pero el prodigio, visto de cerca, se desvanece: nuestros niños son después del bautismo lo que eran antes, el catecismo no cambia su naturaleza. En definitiva, todos los milagros que se han supuesto para explicar la posibilidad de la revelación no son más que una ilusión de la fe: el hombre es siempre lo que era al salir de las manos de Dios, un ser imperfecto y falible.

Llegamos á una conclusión bien diferente por cierto de la de los apologistas del cristianismo: suponiendo que Dios quiera revelar la verdad á los hombres por vía milagrosa, es preciso que se la revele como á seres imperfectos, incapaces de asimilarse una verdad que traspasa los límites de su naturaleza; ¿qué quiere decir esto? Que la revelación hecha á seres imperfectos participa necesariamente de su imperfección; la verdad revelada no puede, pues, ser más que una fase de la verdad eterna, tal como los hombres la pueden concebir, teniendo en cuenta el desarrollo intelectual y mo-

ral á que han llegado; pero si la verdad, áun revelada por Dios, no puede exceder de las fuerzas de la naturaleza humana en una época dada, no se comprende la necesidad de una revelación milagrosa. ¿Para qué la intervención de Dios, para enseñar á los hombres verdades que no son más que la expresión de su cultura intelectual y moral? Bastan la razón y la conciencia inspiradas por Dios; ¿á qué invertir las leyes de la naturaleza para hacer lo que la naturaleza puede hacer con sus propias fuerzas? ¿No legitima esto la sospecha de que la revelación tenga otro objeto que comunicar la verdad á los hombres? ¿No puede ser un medio de dominación? Éste sería el mejor de todos, si los hombres permaneciesen siempre crédulos é ignorantes.

Si el hombre es un ser imperfecto, también es perfectible; sus sentimientos se purifican y se ensanchan, sus ideas se elevan y se perfeccionan. Hé aquí otro elemento de la naturaleza humana que hay que tomar en cuenta, áun suponiendo que Dios quiera revelar la verdad al género humano. La revelación debería ser progresiva, porque es imposible que la verdad imperfecta revelada á los hombres en su infancia les convenga después de haberse modificado y ensanchado sus ideas. De aquí la necesidad de revelaciones sucesivas; tan cierto es esto, que los Padres de la Iglesia no vacilan en enseñar que la revelación de Moisés era imperfecta, porque se dirigía á un pueblo todavía inculto, y que la revelación cristiana hizo desaparecer de la ley antigua esas imperfecciones. Hemos referido sus testimonios en otro lugar (1), apóyanse en una autoridad que ningún cristiano puede recusar, en las palabras de Jesucristo; ¿hace falta recordar á los defensores de la verdad absoluta las famosas antítesis del Sermon de la montaña? Luego, según confesión del mismo Hijo de Dios, la revelación es progresiva: ¿qué dirán á esto los apologistas?

Grande es su apuro. Los Judíos no han cesado de valerse contra el cristianismo de la idea de perfección que implica la revelación milagrosa. Al tomarse Dios el trabajo de revelar la verdad á los hombres, ¿se concibe que los revele errores? Y una verdad imperfecta ¿no está mezclada de errores? No es así como Dios habló á Moisés: le dijo, y repitió

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.